

# 1

## La República del desencanto

### España ante la Revolución

#### HOJA DE CALENDARIO

Quitarás la hoja del calendario y descubrirás que no hay tras ella nada. El año entero ha terminado; y a falta de un nuevo taco de hojas para ser arrancadas, pondrás en el cartoncillo final un enorme UNO y la palabra ENERO bajo él.

Estarás tentado de agregar con letra diminuta aquel pedazo de parte meteorológico que tantos fantasmas despierta en la cabeza dominada aún por las horas sin sueño: «... fuertes agitaciones tormentosas en la zona del Cantábrico, particularmente en la costa asturiana». Fascinado por lo de «tormentosas», fascinado por lo que de augurio tiene, fascinado por lo que a revolución social suena.

Ojos encandilados que salen de la noche y cambian de año.

Y si te llamas José María Martínez, volverás el jergón de la celda en la cárcel del Coto después de haber madrugado en balde buscando la luz y el olor del mar por la ventana. Permanecerás tendido, con los ojos abiertos, fumando un cigarrillo, dejando que el humo suba lentamente hacia el techo, pensando en las cosas por hacer afuera, en la fuerza enorme que allá afuera (en las manos, en los mejores sueños de los cenetistas gijoneses) espera. Y tú, aquí encerrado. Un buen momento para decir ¡coño! y fruncir el ceño.

Y si te llamas Javier Bueno, dejarás que el sol termine de despertarte, sin la premura de ver el ejemplar del diario, porque hoy *Avance* no salió aunque el año se acabó entre las bobinas de papel extrañamente quietas, entre los linotipos inmóviles; terminó en el brindis compartido por tipógrafos, redactores, chóferes, repartidores, impresores, reporteros y administrativos: «Por lo que vendrá». Y duermes el sueño inquieto del director de un periódico que

inicia una guerra. Un sueño en el que persisten el olor de la tinta fresca, la textura del papel, el ruido de la rotativa.

Si te llamas Amador Fernández y eres diputado socialista, estarás dando vueltas en la cama, esperando que la luz justifique el ponerse de pie. Habrás llevado a la cama, además de los abrazos de la familia y los amigos, uno de esos problemas que con tanto gusto te quitan el sueño; quizá no un problema claro, como los que te producen ese hormigueo en la palma de la mano, y sí uno de esos retruécanos de la política sindical que dan dolores de cabeza: por ejemplo, el de cómo presionar para impedir las importaciones de carbón inglés que indirectamente provocan el desempleo, o el de cómo frenar el derrumbe de Fábrica de Mieres que amenaza con enviar al paro a 4.500 trabajadores; o el de cómo lograr que *Avance* llegue a Galicia, o el de...

Si te llamas Belarmino Tomás, te habrás levantado temprano siguiendo el rito, la costumbre de caminar aún en la noche hacia la mina. Habrás rondado inquieto en la cocina, bebiendo agua, fumando un cigarrillo; y habrás terminado por salir antes de hora, caminando despacio, esperando que el sol te alcance rumbo a la alcaldía de Sama.

Y si te llamas Bonifacio Martín, dejarás el reloj sobre la mesita de noche después de haber visto la hora por segunda vez, y sin levantarte de la cama tomarás los papeles del acta de constitución del Sindicato de Camareros que no habías terminado de repasar. Moviéndote despacio, para no despertar a la mujer, buscarás una mejor posición en la cama mientras repasas las líneas.

Si te llamas Jesús Ibáñez, la noche habrá terminado prolongándose en el día. Apagarás la luz del cuarto en que trabajas; dejarás a un lado las cuartillas de esa novela que parece que nunca será terminada. Las dejarás reposar mientras ves cómo el amanecer se va abriendo paso poco a poco tras las cortinas blancas. El sol no es cosa de los vampiros, y marcharás hasta la cama que estuvo esperando en vano la noche entera.

Y si te llamas Arturo Vázquez, volverás derecho del calendario a la cama, porque ayer te acostaste tarde para ir a la segunda función que dio la compañía de Aparicio Marcet (*Esclavos de la tierra*) en el teatro salón de la Casa del Pueblo de Mieres.

Y si te llamas Segundo Blanco, oirás cómo, desde el jergón vecino, se levantaba José María Martínez y vigilarás sus pasos hasta el calendario acabado, respetando en el silencio de la celda sus pensamientos. Y pensarás para ti, que te gustaría ir al fútbol hoy (aunque mañana dirás que, para ir a ver perder al Sporting frente al Irún por 2 a 1, está mejor la celda), y ver a los compañeros, y tomar una botella de sidra, y gozar otra vez el aire de allá afuera.

Si te llamas Carlos Vega, quitarás el ejemplar de *Mundo Obrero* sobre cuyas páginas abiertas anoche quedaste dormido, y le darás un par de vueltas en los turbios pensamientos aún salidos del sueño a ese nudo que es el «Frente Único por la Base».

Y si te llamas Etlvino, Ramón, Aquilino, Anselmo, Manolo, José, Luis, César, Acracio, Arturo, Joaquín, María, Aída, Libertad, Antón... Y eres minero del Fondón, de Rimoria, del María Luisa, de las Marianas; o metalúrgico de la Duro, o de la Fábrica de Moreda; o pescador de Avilés, maestro armero de la Fábrica de la Vega, camarero en Mieres, cartero en Sama, limpiabotas en Oviedo, chófer de autobús en Laviana, picador en Sotrondio, campesino en Grado, albañil en Pola de Siero, costurera o cigarrera en Gijón... Y si te levantas con la costumbre aunque hoy no se trabaje. Y si vas hasta el taco de hojas del calendario... Y si vas hasta él y quitas la última, sólo para ver que no hay nada detrás. Entonces, pensarás: «Un año está empezando». Y escribirás con trazos gruesos un número 1, y bajo él la palabra enero sobre el cartón final del calendario vacío.

Y sí, está empezando 1934. *En Asturias*, un año para una revolución.

#### UNA REPÚBLICA PARA LA DECEPCIÓN

En 1934 los españoles estaban regidos por un Gobierno republicano... O quizá sea mejor decir que en 1934, los españoles...

O se puede apelar a unas cifras que no contarán con precisión la historia. 1934:

24.235.000 habitantes. (¿Cuáles eran sus nombres?)

6 españoles de cada mil se casaron. (¿Cómo fueron las bodas?)

15,97 españoles de cada mil murieron (8,083 de cada mil de muerte violenta), un millar más que el año anterior. (¿Por qué murieron? ¿Quién disfrutó sus muertes? ¿Quién pagó sus entierros?)

26,20 por cada millar nacieron. (¿Cómo fueron bautizados?)

En 1930 la situación no había cambiado notablemente, el 25,91 por 100 de los adultos eran analfabetos. (¿Cómo eran las cruces y las huellas que estampaban cual firma?)

En 1934, 1.138 españoles se suicidaron. (¿A quién iba dirigida la última carta?)

El año anterior (1933) habían sucedido en España 179.694 accidentes de trabajo. (¿De quiénes fueron las manos, las heridas?)

Y en diciembre de 1933 había en España 618.947 hombres en paro forzoso. (¿A quién maldecían en las noches?)

Y 843.000 huelguistas en un año, catorce millones de jornadas de trabajo perdidas.

Y 106.000 repatriados desde 1930 a 1936, la enorme mayoría de Hispanoamérica.

Y 81.089 curas y monjas.

Aunque quizá el rumor sea más hábil para desentrañar misterios, ese ru-

mor áspero, ácido, vocinglero y vivaz, pícaro y cruel, que recorre los bares, que recorre los ríos y se deposita plácido en las ropas de las lavanderas. El rumor de la tribu ibérica:

«Los socialistas dicen que ahora sí van a la revolución social», «Gil Robles se casó con una heredera», «Los anarquistas tienen enterradas armas en Zaragoza», «Pastora Imperio está afónica», «Van a amnistiar a Sanjurjo», «Se oyeron tiros en el barrio de Tetuán».

Pero el rumor parece una borrasca que oculta el escenario.

Quizá habría que buscar una clave, un eje. Y si habría que buscarlo, podría encontrarse en el desencanto. Esa palabra podría resumir un estado de ánimo, o más bien la transformación de un estado de ánimo.

La República festiva, el cuento de hadas, la inyección de optimismo que se había producido colectivamente en la mayoría de los españoles el 14 de abril de 1931, había dejado en su lugar una turbia nube de desesperanza.

La República de 1934 era la República del desencanto para millares de españoles.

Desencanto para los campesinos, que no habían visto en los dos primeros años de República liberal ni una sombra de reforma agraria.

Desencanto para los trabajadores, que enfrentaban a las fuerzas del «orden» en los mismos términos de siempre.

Desencanto para las clases medias, decepcionadas de su República y un tanto asustadas de la amenaza obrera.

Desencanto para los socialistas, que habían invertido en la República millares de horas y concesiones.

Desencanto (¿hubo alguna vez encanto?) para los trabajadores anarcosindicalistas que en dos años habían desencadenado tres insurrecciones a la busca del soñado comunismo libertario.

Desencanto, en fin, para los partidos republicanos liberales, que se habían quedado sin República, secuestrada por los partidos de derecha.

Porque en noviembre de 1933, y tras dos años de desgaste en el manejo de un pueblo y un país inmanejable, la coalición republicano-socialista se había desarmado cayendo en pedazos del Gobierno para, tras unas elecciones teñidas de desencanto, ceder el lugar a una coalición de partidos de centro derecha apoyados por los diputados de la derecha clerical más reaccionaria, la CEDA.

«NO HABRÁ OBSTÁCULOS QUE NOS DETENGAN»

A partir de su victoria electoral en las elecciones de noviembre de 1933, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) inicia un lento pero firme camino hacia la toma del poder.

Tras el caos que significó para los aparatos reaccionarios españoles la caída de la monarquía, y que se mostró en todo su esplendor en las elecciones de las Cortes Constituyentes en 1931, la renovación fundamental de las estructuras conservadoras se originó a partir de un núcleo madrileño de propagandistas católicos agrupados en torno a la ANCP (Asociación Nacional Católica de Propagandistas), el diario *El Debate* y su ideólogo Ángel Herrera. Acuden al llamado de la prensa católica, estimulados por las jerarquías religiosas y, sobre todo, por el vacío tremendo que ha dejado la monarquía en la representación social de la burguesía.

*El Debate* del 28 de abril de 1931 expresaba sus posiciones: «Todos hemos de defender a España, y a nosotros mismos, y a nuestros bienes materiales y espirituales: convicciones, sentimientos familiares, porvenir de los hijos, conservación de la propiedad, jerarquía en la sociedad y el trabajo...».

Este lenguaje tan claro ya nunca volverá a conservar su frescura original. La derecha trazará sobre él las mil y una filigranas de una ideología de apariencias destinada a convencer a las grandes masas de la clase media de que su proyecto de nación también es el de ellas.

Acción Nacional, convertida más tarde en Acción Popular, sobrevive al primer bienio republicano combinando una política organizativa con la participación en las Cortes dentro del bloque parlamentario de los agrarios, desarrollando sus campañas fundamentales en torno a la defensa de los fueros de las compañías religiosas y la obstaculización en la medida de lo posible de la reforma agraria.

La sorprendente organización de partidos políticos que se produjo al colapso más sorprendente aún de la monarquía, dejando a la gran burguesía con una muy limitada injerencia en la toma de decisiones de los aparatos estatales, va encontrando crisis y solución en la descomposición de los grupos menos sólidos (el bloque de republicanos de derecha de Miguel Maura-Alcalá Zamora, los supervivientes monárquicos) y la vertebración del partido del gran capital.

En agosto del 32, Acción Popular se ve implicada periféricamente en la sublevación de Sanjurjo, y en octubre una Conferencia Nacional trata de definir al partido como una organización legalista, que establece el carácter accidental de las formas de gobierno (república o monarquía) ante la permanencia del ideal reaccionario y conservador.

Un observador interesado diría que «tuvieron que tragar con la República».

Los esfuerzos y el dinero de la derecha española impulsan al fin el Congreso fundacional de la CEDA. En marzo de 1933, 500 delegados de 42 partidos de derecha, mayoritariamente vinculados a Acción Popular, que representan nada menos que 735.058 afiliados (según *El Debate*) constituyen la organización más fuerte de la reacción española.

Nos hallamos ante un partido político de masas, que hábilmente se ha desligado del cadáver político de la monarquía, que ha prescindido de los

nexos con los pequeños funcionarios trapicheros, con los burócratas menores ligados a los caciques pueblerinos, sobre los que melquiadistas y radicales levantan su poder. Está vinculado al latifundismo agrario, pero básicamente a aquel que incursiona en el comercio y la industria rural. Ligado, pero no determinado, por sus nexos con éste.

Es el partido que se encuentra más sólidamente atado al capitalismo español. Es el partido del poder económico, de los industriales, los banqueros, los empleados de confianza. Es el partido que se expresa a través de los abogados de las grandes compañías. Y, evidentemente, cuando hablamos de grandes compañías, no podemos dejar de hablar de la Compañía de Jesús.

El encuentro de la reacción española con la Iglesia no es novedoso, pero sí lo es la formulación en pleno siglo xx de una ideología como la de la CEDA: «La verdadera fuerza, el impulso potente que mueve a las derechas españolas, es la religión».

Montero Gibert la define con notable perspicacia:

«Nada se halla vedado a su influencia: es el mejor freno a las pasiones revolucionarias; convierte en derecho natural a la propiedad privada, sacralizándola en cuanto instituida por Dios; predica la caridad en el trato socioeconómico, la resignación al oprimido y justicia social al opresor; el Estado ha de regirse por los eternos principios cristianos, con el poder procedente de Dios, con la finalidad de procurar, de consuno con la Iglesia, la salvación de las almas, y con el mantenimiento de las naturales jerarquías entre los hombres producto de insalvables desigualdades naturales, etcétera».

Y este partido construido «bajo la gracia divina», será el partido de los capitalistas grandes y pequeños, de los ingenieros y los técnicos, de las damas burguesas que derrochan maternal caridad, de los bufones, los arribistas de la clase media, los lacayos, los esclavos a los que la permanencia del yugo ha creado el hábito. Será el partido de los sindicatos amarillos, de los jóvenes fascistas «pero no tanto» de las JAP (Juventudes de Acción Popular). Será el partido de los banqueros... y de los curas de pueblo y de catedral. Será el partido del orden, la tradición y las buenas costumbres.

Seis meses más tarde la coalición gubernamental se desmorona, y en septiembre y octubre de 1933, la CEDA se lanza a una virulenta campaña electoral. Constituye un «Frente Antimarxista» en unión con los monárquicos alfonsinos de Renovación Española, los tradicionalistas, los agrarios y el Partido Liberal Demócrata de los caciques agrarios asturianos capitaneado por Melquíades Álvarez.

La oratoria fogosa de José María Gil Robles, caudillo indiscutido de la CEDA, recién desempleado de un viaje a Núremberg, donde participó como observador en el Congreso Nacional socialista, visitó los campos de trabajo y de concentración y estudió la estructura de los «camisas pardas», se deja sentir y fija posiciones en la apertura de campaña:

«La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento se somete o le hacemos desaparecer».

«... una España próspera y fuerte, en el seno de la cual queden implacablemente ahogados todos los gérmenes de división y anarquía por una doctrina de justicia social impuesta con férrea mano a los de arriba y a los de abajo».

«... porque si vamos a labrar un mundo nuevo no es mucho pedir que se desangre esta sociedad, si es que de ella ha de salir la salvación de la generación futura».

Y precisaría señalando al fin contra quién se combate:

«Es necesario en el momento presente derrotar implacablemente al socialismo».

Para cualquier español de izquierda, el discurso deja claro que la guerra contra el parlamentarismo como institución está abierta por la derecha, que la amenaza de la guerra civil está latente (al menos verbalmente) y que la burguesía habla de su dictadura.

Tras las palabras de Gil Robles, la CEDA arroja sus millares de propagandistas y sus millones de pesetas. Las damas de la burguesía se lanzan a los barrios populares a colaborar con el cura, armadas de colchones, comestibles y «ropita vieja pero en buen uso para los niños» de la clase trabajadora masacrada por el paro. Los caciques de pueblo adoctrinan a los campesinos, los patrones a los oficinistas. Cada voto vale al menos un buen chorizo, un empleo, un préstamo. Un niño gratis en escuela religiosa.

Así como en el año 31 la victoria electoral de las izquierdas republicanas aliadas a los socialistas había sido absoluta, la contienda electoral del 33 pone a la CEDA aliada con monárquicos y otros grupos menores a la cabeza del Parlamento. Sus 115 diputados, más los 36 de los agrarios, los 36 de Renovación Española y los tradicionalistas, los 9 de los Liberal Demócratas y los 24 de la Lliga constituyen un bloque reaccionario determinante.

Ha llegado el momento de adaptar la táctica. Hay que precisar el camino del acceso al poder absoluto.

Evidentemente, el planteamiento de la CEDA atribuye un papel fundamental al juego político con el otro gran triunfador de las elecciones del 33, el Partido Radical de Alejandro Lerroux (102 diputados). Son ellos los sujetos activos de un período de transición que tiene que cumplir dos funciones: desmembrar a la izquierda obrera, desarticularla a través de la represión, y desbaratar la legislatura anticlerical, laboral, agraria y educativa del primer bienio. Al mismo tiempo, los radicales, aliados circunstanciales a los que se les permitirá el acceso al poder sin *aparentes* condiciones, ganarán a cambio el derecho a desgastarse en el cumplimiento de esta tarea.

Gil Robles no ha engañado a nadie. Ha dicho: «Las derechas debemos constituir la reserva para el porvenir, cuando hayan fracasado los partidos de centro».

El plan comprenderá tres etapas. La primera, permitir que los radicales gobiernen con el apoyo de la CEDA desde fuera del poder.

La segunda, introducir en el Gobierno, en ciertos Ministerios clave, a miembros de la CEDA, previo desgaste de la beligerancia socialista y anarcosindicalista, y previo agotamiento político de los propios radicales.

La tercera, tomar el poder, y acabar con ese «exceso de democracia» (en palabras textuales de Gil Robles) tan perjudicial para España. Si dentro de las instituciones republicanas, y en particular utilizando el aparato del Estado heredado de la pequeña burguesía podía realizarse, así se haría. Por ahora, el camino de la conspiración estaba cerrado. La CEDA se convertía en celosa guardiana de la «legalidad».

En febrero, la primera parte del plan estaba operando. Gil Robles diría el día 7:

«Se ha conseguido poco con arreglo a nuestros deseos; pero bastante para lo que podía esperarse. Estamos en vísperas de la derogación de la Ley de Términos y de la revisión de la reforma agraria; va a comenzar una reparación inicial al clero, que nosotros procuraremos que no se quede a la mitad, y lo más fundamental es que el 1 de enero no se efectuó la sustitución de la enseñanza religiosa».

La entrada en el Ministerio de la Gobernación de Rafael Salazar Alonso, un radical a la medida de la CEDA, al que se le perdonó de inmediato su pasado anticlerical en función de su presente rabiosamente antisocialista, afinaría los elementos del plan.

El 20 de abril, el I Congreso de la CEDA desarrollaría posiciones filofascistas, de un tremendismo nacionalista espeluznante:

«España es una afirmación en el pasado y una ruta hacia el futuro. Sólo quien viva esa afirmación y camine por esa ruta puede llamarse español. Todo lo demás (judíos, heresiarcas, protestantes, comuneros, moriscos, enciclopedistas, afrancesados, masones, krausistas, liberales, marxistas) fue y es una minoría discrepante al margen de la nacionalidad y por fuera frente a la Patria: es la antipatria».

Al día siguiente en El Escorial, se celebraba una concentración de masas de la CEDA, presidida por su caudillo Gil Robles. Allí, en medio de un país que había decretado la huelga general como respuesta, Gil Robles declarararía:

«Que la revolución se eche a la calle. Nosotros nos echaremos también».

Las Juventudes de A P aclamaban en el más sólido estilo fascista: «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!».

Los teóricos de la izquierda española, visiblemente inquietos ante el ascenso europeo del fascismo, trataron de desentrañar el enigma político que



representaban Gil Robles y su partido. Todo esto, bajo la acuciante presión de una situación política planificada por la dirección de la CEDA que no tenía nada de enigmática: un avance represivo contra las organizaciones obreras, un cerco en torno a sus aparatos.

La conclusión del PSOE fue sencilla: había que cerrarle el acceso al poder a la CEDA. La entrada en el Gobierno de Gil Robles y compañía era la antesala del fascismo. Gil Robles se encargaba de pronosticarle al socialismo cuál sería su destino si llegaban al poder sus huestes.

Era evidente que la CEDA no era un partido fascista, pero «... cuando los socialistas describían a la CEDA como un partido totalitario de corte *fascista-clerical-vaticanista*, lo que se hallaba detrás era el miedo a la realización, desde el Gobierno y con unas Cortes obedientes, de un golpe de Estado fascista o de una restauración monárquica: de ahí su oposición a la entrada cedista en cualquier gabinete...»; de ahí la necesidad de cerrarle el camino a una organización que decía por boca de su portavoz: «En el fascismo hay mucho de aprovechable: su raíz y su actuación eminentemente populares; su exaltación de los valores patrios; su neta significación antimarxista; su enemistad a la democracia liberal y parlamentarista; su labor, coordinadora de todas las clases y energías sociales; su aliento juvenil, empapado de optimismo, tan opuesto al desolador y enervante escepticismo de nuestros derrotistas e intelectuales...». De ahí la necesidad de cerrarle el paso a un aparato que concebía a la clase obrera como una masa que podía ser manejada paternalmente y a la que un «Estado fuerte» metería en cintura cada vez que se pusiera a hacer «locuras». De ahí la inminente necesidad de detener la progresión fascista, que bajo un régimen como el cedista se desarrollaría ampliamente con una base militante como la que actualmente tenía en las propias JAP.

A pesar de los frecuentes llamados de atención que Gil Robles dirigía a su propia base militante y a sus circunstanciales aliados monárquicos que no tenían una inserción en la política nacional tan sólida y que podían arriesgarse a vivir en una aventura conspirativa permanente; a pesar de sus obligadas diferenciaciones públicas con los regímenes alemán e italiano; a pesar de sus llamados a un «catolicismo social» que se prolongaban sin interrupción en llamados al orden férreo, y que se materializaban en la calle en las agresiones contra la clase trabajadora dirigidas por el ministro de Gobernación radical. Había que cerrarle el paso. A pesar de su «catolicismo social» porque católico era Dolfuss en Austria, y los cañones habían bombardeado el multifamiliar Karl Marx en Viena contra las familias socialistas; católico Von Papen en Alemania, y había abierto la compuerta final para que Hitler accediera al poder; católico el papa, y le había guiñado el ojo a Mussolini.

Cuando el 10 de mayo el Consejo Directivo General (institución dirigente de la CEDA a pesar del nombre que parece encubrir la cúspide de un con-

sorcio bancario) declaró su republicanismo, la izquierda española sabía muy bien de qué republicanismo se hablaba.

Había que cerrarle el camino al proyecto histórico de la CEDA.

## UN SOCIALISMO ATÍPICO EN EUROPA, EL PSOE

En la historia hay una relación terrible entre los fines y los medios. Una relación de complicidad, de falsas apariencias que caen de repente como un telón-guillotina al final de la obra.

Es el juego fatal que aparentemente promete atajos, distancias acortadas, y que la mayoría de las veces ofrece, ante la sorpresa de los que lo recorrieron, caminos abruptamente terminados en precipicios.

El avance lineal, la carretera simple, propuesta por los socialistas románticos españoles de principios de siglo, que conducía al reencuentro de los seres humanos en una sociedad más justa, en una sociedad socialista, a través de la educación de la clase obrera, su organización reivindicativa en un aparato de clase, y su presión a través del partido dentro del sistema y sus estructuras, pasaba por tortuosos desfiladeros, por siniestros pasillos, por burocráticos gabinetes ministeriales, simultáneamente a las calles resplandecientes, a las fábricas en huelga.

Y un buen día el socialismo español se encontró casi mortalmente atrapado por los medios evolucionistas que había utilizado. Sus ministros eran «rehenes de la burguesía», sus diputados estaban esposados al escaño parlamentario, sus organizaciones atadas a la legalidad de un poder que no era el suyo, su prensa alfabetizada y «civilizada» por el lenguaje de una clase que no era la suya. Ésta era la vieja historia de la socialdemocracia europea, más hija del programa de Gotha que del laberinto ideológico de Marx.

El socialismo español había elegido desde principios del siglo xx el camino de la evolución. Sus tremendas energías se habían canalizado hacia la organización de la clase trabajadora en un movimiento de pinzas: por un lado, la UGT, desarrollando un sindicalismo legalista, pero de gran presión contra las patronales, ampliando los marcos de organización, educando en la acción colectiva, mejorando las condiciones de vida de la clase trabajadora, educando en la visión socialista del mundo, organizando y dando poder de negociación a los obreros españoles, enfrentando cuando había que hacerlo al capitalismo con huelgas sólidas, furiosas, dramáticas, bien planteadas dentro de los límites del sistema, pero sin aventuras, sin «excesos», siempre sabiendo retroceder. Por el otro, el Partido Socialista realizando una labor de educación de las grandes masas a través de las sucesivas campañas electorales, presentando un bloque parlamentario cada vez más sólido en el interior del reducto parlamentario burgués, señalando la podredumbre del aparato estatal,

su falacia de «gobernar para todos», demostrando a través de proyectos rechazados, de intervenciones y críticas permanentes al sistema, la opción obrera, la posibilidad realista de un gobierno de la clase trabajadora.

Desconfiando de la timidez de la burguesía liberal española, el socialismo español no era republicano. Para las masas obreras, argumentaba, la monarquía o la república burguesa no eran su forma de gobierno. Había adaptado tesis posibilistas, que le permitieron durante la Dictadura de Primo de Rivera establecer puentes de participación en el Gobierno, a cambio de algunas transformaciones en las leyes que regulaban los choques obrero-patronales, e impulsando desde ésta la mejor organización de sus filas. A pesar de la oposición de los socialistas ortodoxos que señalaban la incoherencia de la participación en un Gobierno burgués (el ala de Julián Besteiro), y de los socialistas de tendencias republicanas (Indalecio Prieto), Largo Caballero se convirtió en alto funcionario del Ministerio de Trabajo durante la Dictadura.

Hacia 1930, los límites de la monarquía española se hacían evidentes, y las tesis de Prieto se impusieron en el partido convenciendo al propio Largo Caballero. El PSOE pasó de la colaboración a la conspiración. Como compañero de viaje de los republicanos moderados y de izquierda.

Simple compañeros de viaje, no impulsores de una transformación revolucionaria en España. Los socialistas adoptaban un programa que no era el de su clase, y sólo aspiraban, como premio, a crear una institución gubernamental que permitiera un mayor marco de libertades sociales para en éste acelerar los procesos de organización de la clase trabajadora y su desarrollo ideológico independiente. Ruta que conduciría tarde o temprano al socialismo.

Las elecciones municipales de abril de 1931 terminan de derrumbar el destrozado aparato político de la monarquía y los conspiradores se constituyeron en el nuevo equipo gobernante. El Partido Socialista colocó a tres de sus máximas figuras en el flamante Gobierno republicano (Prieto, Largo Caballero y Fernando de los Ríos), y en las primeras elecciones constituyentes fueron electos 120 diputados socialistas (116 efectivos al duplicar los mismos candidatos electos en cuatro lugares). El compromiso con la recién nacida República aumentaba. El poder político del socialismo se desarrollaba. Los efectivos de la UGT según sus propias estadísticas se incrementaron de la siguiente manera:

Diciembre de 1930: 1.734 sindicatos, 277.011 afiliados.

Diciembre de 1931: 4.041 sindicatos, 958.451 afiliados.

Una ligera mayoría de los nuevos adherentes provenían de la organización de los trabajadores agrícolas en sindicatos de peones incorporados a la FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, creada en 1930 en previsión de la lucha por la reforma agraria, inherente a una transición republicana), y del incremento de la sindicalización entre los sectores económicamente más explotados de la clase media (se organizaron cien mil oficinistas).

En medio de esta orgía de victorias, en este gran momento de triunfo, el PSOE-UGT podía decir que era el partido mejor organizado de España, que su crecimiento era vertiginoso, que la burguesía necesitaba tomarle parecer, que podía influir en la nueva legislación, facilitando el desarrollo de la educación de las masas, la reforma agraria, la supresión del poder del clero, una legislación laboral progresista y de amplia defensa para los obreros industriales, la disminución del peso político reaccionario en el Ejército; incluso que podía conquistar el poder localmente en multitud de municipios.

Una oleada de triunfalismo invadió al partido.

Entonces, el socialismo español, no sólo no quería enfrentar de cara la opción de la revolución, *no podía hacerlo*. El convincente decorado de aquella puesta en escena resultaba sobremanera atractivo. No podían medir el desarrollo de las contradicciones en aquella República que parecía de todos, y no era de ninguno.

Joaquín Maurín diría: «Se empeñaron en hacer reformismo en plena revolución». Pero era evidente que no se trataba de un «empeño», sino de una trampa histórica que tenía sus orígenes en la propia política parlamentaria del partido, en sus relaciones con los partidos republicanos, en su legalismo; y sobre todo, en su situación objetiva.

El PSOE-UGT había creado un aparato: «Se había venido acomodando durante la Dictadura para sostener su organización y su sustento de éxitos reivindicativos y poder». No era el partido de los viejos proletarios a los que sólo les quedaba por perder sus cadenas. Era un gran aparato político-sindical, que podía «perderse» en una aventura. Y los triunfos del año 31 dieron el sustento social a la burocracia del partido para cerrar cualquier camino a la «aventura».

Pero la verdadera «aventura» no estaba en el reencuentro con los viejos principios revolucionarios, sino en la colaboración.

En la primera crisis se ven obligados a sostener al conservador ministro de la Gobernación, Miguel Maura, que lanza a la calle a los guardias civiles contra los manifestantes. Se ven obligados a asumir la incapacidad del Gobierno Azaña para gestar una reforma agraria profunda, a pesar de la creciente sindicalización de campesinos en sus filas.

Se encuentran al otro lado de la frontera ante la huelga telefónica dirigida por la CNT. Forman parte del Gobierno que reprime el levantamiento anarcosindicalista de 1932 en el Alto Llobregat. Desmovilizan y llaman a no salir a la calle en mayo de 1932. Desaprovechan el fracaso del levantamiento de Sanjurjo para impulsar el Gobierno hacia la izquierda. Son parte del poder en el momento en que la Guardia de Asalto asesina campesinos en Casas Viejas.

En fin, se hermanan con la burguesía en la consolidación de un régimen ajeno al ideal.

Atados al poder burgués, sufrieron sus realidades. Joaquín Maurín expresa claramente el contenido de esta trampa: «Durante cerca de dos años y medio los socialistas estuvieron en el Gobierno siendo el factor decisivo sin que, al parecer, tuvieran conciencia de ello. Se vieron obligados a contemplar cómo las fuerzas represivas del Estado perseguían a los obreros y campesinos cazándolos a tiros o quemándolos vivos, como no se había visto en tiempos de la monarquía. Tuvieron que aprobar la creación de cuerpos especiales de seguridad y el aumento de guardia civil y policía que a no tardar habían de apuntar sus pistolas contra ellos mismos. Votaron leyes contrarrevolucionarias y tomaron posiciones ahondando cada vez más el abismo existente en medio de la clase trabajadora».

El socialismo salía de la experiencia colaboracionista contaminado por la ideología de sus compañeros de viaje, teñido de legalismo; sin duda fortalecido orgánicamente (la UGT alcanza en 1932, 1.041.559 afiliados), pero debilitado ideológicamente, aunque al final de la experiencia, no sólo había acumulado pericia, también había quemando parcialmente su etapa reformista acompañando a buena parte de las masas campesinas y obreras en un proceso similar. No bastaba derrotar a la monarquía en las apariencias, había que destruir la estructura económico-social-militar que la sustentaba, había que quitarle el poder. Y allí donde la monarquía desaparecía, estaba su aliado de antes, solitario dueño del terreno de ahora, la burguesía capitalista.

Al romperse definitivamente la coalición que instauró el primer Gobierno republicano-socialista, las presiones desde la base del partido para que éste definiera una política independiente de los partidos burgueses, la presión desde la izquierda de comunistas y anarcosindicalistas, y la transformación de Largo Caballero, impulsado por la Juventud Socialista y por su grupo de asesores madrileños (Araquistáin, Álvarez del Vayo) colocaron al PSOE ante la compleja alternativa de acudir solo a las elecciones. En la medida en que la legislación electoral favorecía los bloques, el PSOE entraba en un terreno lleno de dificultades. Enfrentaba a la derecha agrupada en torno a la CEDA, a los republicanos de centro derecha acaudillados por el Partido Radical, a las coaliciones de republicanos de izquierda (Acción Republicana y Radicales Socialistas) e incluso al Partido Comunista.

Con sólo dos pequeñas excepciones (Bilbao, donde se fue aliado a la izquierda republicana, y Málaga, en una coalición amplia con participación del PC), los socialistas marcharon solitarios en una campaña electoral en la que la revitalizada derecha movilizó sus recursos económicos con una enorme prodigalidad (las elecciones de 1933 fueron llamadas de «los chorizos» y «los colchones» por la abundancia de ambos materiales en la compra de votos).

Los resultados eran previsibles: decepción de los campesinos ante la ausencia de una reforma agraria, ausencia del voto obrero no partidario que

culpaba a los socialistas de complicidad con la represión republicana y vuelco de la clase media a la busca de la «paz social» ofrecida por centristas y derechistas.

De los 116 escaños obtenidos en las constituyentes, el PSOE descendió a 58 (más tres escaños de los socialistas catalanes).

Y a pesar de que era previsible, el desconcierto cundió entre sus filas. Interpretaciones desde la derecha del aparato partidario atribuyeron la derrota a la ausencia del bloque con los partidos republicanos (Saborit). La izquierda interpretó la derrota y el altísimo porcentaje de abstención electoral en las zonas obreras y campesinas al fracaso del proyecto colaboracionista de 1931-1933.

Sin duda, la derrota electoral alejaba a los socialistas del poder parlamentario pero los acercaba al problema del acceso al poder. Los acercaba a la necesidad de la revolución.

Con la derecha y el centro derecha como partidos triunfantes, la crisis en el interior del PSOE se agudizó. Quedaba afirmar la experiencia en un sentido u otro. O regresar al reformismo, o caminar decididamente a la revolución social.

Contradictoriamente, con avances y retrocesos, los socialistas españoles comenzaron a buscar un camino.

El historiador anarcosindicalista José Peirats diría años más tarde: «Los socialistas españoles no pensaron en la revolución hasta que los desahucieron del poder». Con mayor exactitud podría decirse que no podían pensar en la revolución, o sea, en la toma del poder por métodos insurreccionales, mientras su aparato estuviera embarcado en el acceso al poder por métodos parlamentarios, y este camino tuviera ciertos visos de realidad. De 1931 a 1933, el camino parlamentario se fue desgastando. Obligados a romper con la izquierda republicana para que el desgaste de un proyecto de República democrática burguesa sobre los lomos de la clase trabajadora de la ciudad y el campo no los llevara entre los pies, tuvieron que renunciar también a las virtudes electorales de la coalición. La derrota afirmó prácticamente el futuro. Quedaba el camino de la oposición. Y en la medida en que la derecha en el poder combatiera a las masas, la oposición iba a ser un camino que la radicalización de las masas obreras y la respuesta gubernamental irían tiñendo de revolución. Los hechos y las circunstancias habían atrapado al PSOE. Sólo quedaba ser consecuente o no ante estos hechos. Mirar o no la revolución de frente, o hurtar el cuerpo y mostrarle la espalda.

El primer problema era dar una solución a la crisis ideológica, reajustar la concepción del mundo, volver a interpretar el país que ardía bajo los zapatos. Colocarlo en la Europa de 1934.

El socialismo español había perdido el contexto europeo. A partir de noviembre de 1933, hubo que buscar en las carpetas viejas, en los diarios olvi-

dados en el revistero de la sala, en la memoria fuera de uso, lo que estaba pasando en el continente. La respuesta fue más o menos generalizada. Había que situarse ante esa nueva forma de opresión del capital, que había venido creciendo en Europa tras la primera guerra como un monstruo de aliento fétido. Había que situarse frente al fascismo.

Carentes de una teoría política, los socialistas españoles leyeron sobre Italia y Alemania. A partir de febrero del 34, incluyeron Austria en la lista. Observaron cómo sus partidos hermanos de la Segunda Internacional se dejaban masacrar a manos del fascismo. Vieron incrédulos las fotografías de los edificios derruidos, las cárceles llenas, los libros quemados. Los socialistas llenaban los campos de concentración en Alemania, ilegalizados como partido, asesinados en Italia. Masacrados por las milicias de Dolfuss en Viena. Retrocediendo y conciliando ante el hacha del verdugo.

¿Y cómo interpretarlo? Su instrumental ideológico era un amasijo empírico de materiales de origen jacobino, positivismo, racionalismo y, sobre todo, sentido común, legalismo y buena fe. Espíritu justiciero, algunas ideas muy generales sobre la explotación clasista, verbalismo de discurso de aparador.

El monopolio del marxismo en el PSOE estaba en manos del ala derecha del partido, que le daba interpretaciones sui géneris, estableciendo una aparente ortodoxia que llevaba más a una pureza monacal de las ideas que a una táctica revolucionaria. El evolucionismo, el simplismo había tomado tierra en las mejores cabezas del aparato socialista y no estaba dispuesto a abandonar la morada tan fácilmente.

Formulaciones del ABC de la dialéctica revolucionaria tales como: «La violencia es la partera de la historia», «La insurrección es un arte», etc., no entraban fácilmente en su territorio ideológico.

Pero donde la desventura partidaria era mayor era en la formulación de una táctica que se adaptara a las nuevas circunstancias. Incapacitado para resolver la crisis ideológica que se desarrollaba en su interior, incapacitado para crear nuevos pensadores, incapacitado para darle coherencia, incapacitado incluso para tomarla prestada (de la ortodoxia moscovita estalinista del PC, o de la, tan a sus ojos irracional, doctrina de la revolución cotidiana del anarcosindicalismo español), la tendencia mayoritaria de Largo Caballero tras anunciar un «regreso a Marx» levantó la bandera de la revolución social. Y sólo con este instrumento comenzó a lanzar a la batalla a su aparato obrero, que bien que lo estaba esperando.

El viraje salvó al partido de una crisis aún más profunda. «La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo que si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarcosindicalista», diría Araquistáin en la revista *Leviatán* en 1936.

La afirmación anterior es relativamente cierta.



El partido comenzaba a sostenerse en torno a su tradición, su coherencia y a la democracia interna; no se producían escisiones de importancia, no se perdían militantes, pero la base socialista estaba resultando frecuentemente atraída hacia las posiciones de la izquierda, y en algunas ciudades había arrastrado a sus dirigentes tras proposiciones de la CNT y el PC. Sobre todo en el sur, en Sevilla, en Córdoba, en Málaga. Por otra parte, la influencia de la CNT aumentaba en Madrid, feudo tradicional del socialismo, atrayendo a los sectores más jóvenes y combativos del movimiento. Paralelamente a esta lenta y apenas perceptible sangría, una situación mucho más grave se dejaba percibir: la UGT estaba creciendo en algunas provincias sobre la base de la sindicalización de sectores conservadores en la frontera de clase obrera (empleados de comercio, trabajadores de servicios).

Mientras la izquierda proletaria reclamaba la acción directa y el derecho a la calle como propios, por efecto de la ley del péndulo, el socialismo adoptaba posiciones conservadoras para diferenciarse. Tarde o temprano, la crisis explotaría en perjuicio de la UGT. Y esta explosión podía ser definitiva en el movimiento campesino, donde la ausencia de un aparato sindical comunista o anarcosindicalista (con la excepción de la organización de la CNT en Andalucía) permitía a la FNTT (UGT) conservar un monopolio en la organización de izquierda de los trabajadores de la tierra, que se resquebrajaba lentamente.

La polarización del PSOE encontró un líder inesperado en Francisco Largo Caballero: «La única esperanza de las masas es la revolución social. Sólo ella puede salvar a España del fascismo», declaró en la campaña electoral de 1933. El dirigente socialista de origen obrero, ex colaborador de la Dictadura, ex ministro de la coalición republicano-socialista, uno de los militantes de la UGT más odiado por la izquierda anarcosindicalista, a la que le había hecho la vida imposible de 1931 a 1933 desde el Ministerio de Trabajo, se transformaba a partir de su experiencia.

Tratando de ir hacia el futuro sin saldar cuentas con el pasado, declaraba: «Nosotros creímos que era nuestro deber sufrir lo que hubiera que sufrir y aguantar por el sostenimiento de la República. Yo no voy a hacer historia de lo que todos nosotros hemos sufrido y hemos aguantado. Voy tan sólo a recordar que nosotros, socialistas, hemos sido tan leales, que después de poner toda nuestra fuerza organizada al servicio de la revolución, hemos contribuido, un poco a regañadientes, pero con toda la lealtad a la que estamos obligados, a que el Parlamento aprobase toda la legislación coactiva y restrictiva que hay hoy en España. Legislación que irá, seguramente, contra los trabajadores; pero legislación que era necesaria para el sostenimiento del régimen. Nosotros, durante el tiempo que estuvimos en el poder, tuvimos con toda seguridad más muertos por la fuerza pública que en otras épocas en el mismo espacio de tiempo. Nosotros procuramos que no se produjesen huel-



gas que pudieran trastornar la economía del país. Claro está, que no podíamos evitarlas todas. Nosotros, en fin, hemos cumplido lealmente».

La tendencia de Largo Caballero, se lanzó a proclamar la justificación histórica de la nueva revolución y tomó cuerpo rápidamente en la Juventud Socialista, la nueva dirección de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra y la dirección de la Casa del Pueblo de Madrid.

Besteiro, el hombre de la supuesta ortodoxia, estaba desbordado por los acontecimientos. Se convirtió sin quererlo en el abanderado de la burocracia del partido y de la aristocracia obrera de la UGT. Criticando el aventurerismo del ala izquierda, no pudo dar una opción diferente a la presión de las masas. Quedó pronto fuera de combate y a la espera. Así se perfiló como una tercera posición la de Indalecio Prieto, de origen sin duda más conservadora que la de Besteiro (colaboracionista a ultranza, parlamentarista a ultranza), que adaptándose a las circunstancias se incorporó al viraje revolucionario tratando de mantenerlo dentro de marcos democrático-burgueses. Se volvió así el hombre del aparato.

Las grandes masas del partido y la UGT no se incorporaron a ninguna de las tres posiciones, pero fueron adoptando posiciones cada vez más radicales en la medida que la presión reaccionaria crecía, y el control del aparato pasaba de manos del equipo de Besteiro a los cuadros caballeristas.

Los signos del viraje se mostraron claramente a partir de la salida del Gobierno de los tres ministros socialistas con la intervención de la Juventud Socialista en manifestaciones contra el Gobierno de Lerroux. Pareció, a partir de aquel momento, que los socialistas necesitaban liberarse del peso muerto de la participación gubernamental para volver a respirar.

La campaña electoral fue de una notable violencia verbal. Largo Caballero, que actuó en Extremadura y Andalucía, realizó una campaña cuyo planteamiento central era: vamos a por el poder. Dentro o fuera de la legalidad burguesa. «Si se nos cierra el camino por la violencia, ahogaremos a la burguesía por la violencia.»

La derrota electoral sacudió más profundamente al sector centrista del partido acaudillado por Prieto y De los Ríos.

A fines de 1933, en una reunión conjunta de las ejecutivas del partido y la UGT, los rumores de la preparación de un atentado contra los dirigentes socialistas y republicanos arreciaron. Ambas ejecutivas, con la oposición de Besteiro, que llamaba a la calma, adoptaron el acuerdo de defenderse si se desencadenaba la violencia reaccionaria. Prieto hizo bloque por primera vez con las posiciones de Francisco Largo Caballero y éste propuso en el interior de la UGT que se adoptase el acuerdo de preparar un plan revolucionario en caso de que la CEDA accediese al poder. La oposición acaudillada por Besteiro, Saborit y Trifón Gómez derrotó la proposición por 28 votos a 16.

En la derrota, Largo Caballero aísla la dirección del PSOE de la UGT dirigida por Besteiro y, atrayendo a la JS, comienza la formulación del plan revolucionario. En los últimos días del año, Besteiro, para evitar la escisión en el partido, concilia y reanuda las relaciones, poniendo como condición la formulación de un programa para el movimiento. Prieto es encargado por la ejecutiva del partido de trabajar junto con Besteiro en él. El programa nunca se conocerá, y años más tarde aparecerá una formulación posterior debida a Prieto. Pero se trata sin duda de un programa para una revolución democrático-burguesa. Besteiro con toda razón años más tarde acusará a Prieto de inconsecuente.

La campaña contra la posición de Besteiro arrecia en el interior de las filas socialistas. Por un lado, se desarrollan una serie de ataques velados y constantes contra sus compañeros de tendencia en el interior de los aparatos del PSOE y de UGT; por otro, el diario del partido se define claramente el 3 de enero en un artículo titulado «Atención al disco rojo» escrito por el director de *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, pero publicado sin firma: «¡Guerra de clases! Odio a muerte a la burguesía criminal. ¿Concordia? Sí, pero entre los proletarios de todas las ideas que quieran salvarse y librar a España del ludibrio. Pase lo que pase, ¡atención al disco rojo!».

El 28 de enero, la Agrupación Socialista de Madrid es ganada para las posiciones de la izquierda. Y ese mismo día, Julián Besteiro, Trifón Gómez y Andrés Saborit renuncian a la dirección de la UGT. Son sustituidos por Anastasio de Gracia, Díaz Alor y el propio Largo Caballero. En los primeros días de febrero Ricardo Zabalza sustituye al titubeante Lucio Martínez en la dirección de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra. El 18, 19 y 20 de abril de 1934, el ala revolucionaria de las Juventudes Socialistas, en el V Congreso desplaza a los besteiristas Mariano Rojo y José Castro: se incorporan a la nueva ejecutiva Carlos H. Zancajo, Santiago Carrillo, José Laín Entralgo, Segundo Serrano Poncela y el asturiano Juan Pablo García. Con esta última elección, las tres organizaciones socialistas del país han cambiado de dirección alterando las reglas del juego en el interior del movimiento obrero, el ala caballerista del PSOE-UGT ha conquistado el aparato para lanzarlo a la revolución social.

Siguiendo los acuerdos de las ejecutivas, la fecha del movimiento revolucionario coincidirá con cualquier intento de la CEDA de entrar en el Gobierno, o una reacción antirrepublicana promovida por los militares.

El viraje táctico se adecúa a las alternativas europeas, pero no se ajusta con perfección a la estructura socialista, cuyos aparatos a nivel regional siguen en algunos casos controlados por la burocracia del partido, al igual que muchos sindicatos (por ejemplo el potente sindicato ferroviario).

El viraje será producto del ascenso del propio movimiento y su combatividad, el empuje de la base sobre el aparato, y la constante persecución y represión ejercida por los gobiernos lerrouxistas.

Se comienzan a preparar enlaces y se envían comisiones a recorrer el país para iniciar la discusión de un plan revolucionario que le cierre el camino a la entrada de la CEDA en el Gobierno.

La ofensiva patronal en el campo y las ciudades, la represión dirigida con saña desde el Ministerio de la Gobernación por el radical Salazar Alonso, empujarán a las masas hacia posiciones cada vez más radicales. ¿Podrá el PSOE dirigir las a la Revolución?

#### ASTURIAS: PRINCIPIA EL AÑO

Las elecciones del 33 en una región de 401.000 habitantes (53,8 por 100 mujeres que votaban por primera vez en la historia de España), con una derecha muy agresiva que había tenido un financiamiento de 300.000 pesetas, había presionado con subida de rentas, desahucios y propaganda religiosa desde el púlpito, dio el siguiente resultado: 13 diputados para el bloque de derechas con 124.000 votos de promedio y 4 para los socialistas (que iban en solitario) con 84.000 votos de promedio, quedaban sin representación los partidos republicanos y por la izquierda el Partido Comunista.

El viraje hacia posiciones revolucionarias en el interior del PSOE-UGT se dejaría sentir muy suavemente. Más que un cambio brusco, la confirmación de una evolución hacia la izquierda del conjunto del movimiento socialista, iniciada a partir de la salida del partido del poder. Se sentía en pequeños movimientos en el interior del aparato político-sindical, donde Juan Antonio Suárez y Teodomiro Menéndez, socialistas moderados, eran desplazados por militantes del Sindicato Minero como Graciano Antuña, que se convertía el 27 de enero en presidente de la Federación Socialista Asturiana. O en las cartas públicas del diputado socialista y dirigente minero Amador Fernández contra las direcciones reformistas de la FNTT y el Sindicato Ferroviario. O en las tendencias unitarias de la Juventud Socialista expresadas en actos comunes con el Partido Comunista en Mieres y Sama, no demasiado bien vistos por la dirección, pero que concentraban en las pequeñas poblaciones mineras 4.000-5.000 mil asistentes.

O en el aire que crecía en las páginas de *Avance*, el diario socialista de Oviedo que partiendo de la nueva situación del partido ante el poder desarrollaba violentamente campañas de denuncia y enfrentaba el boicot de anunciantes que el gran comercio le imponía en Oviedo («Se nos antoja más fuerte el que nosotros recomendamos que el que se nos declara... ¡Trabajadores, con vuestro boicot podéis aniquilar los intereses de un enemigo, en días; podéis desarraigar a un cacique en brevísimo tiempo! ¡No lo olvidéis! ¡No dejéis de practicarlo en toda ocasión justa!»).

O en el singular llamado que aparecía regularmente en las páginas del diario: «Desde las columnas de este nuestro querido diario me limito a po-

ner en conocimiento de todos los trabajadores de Blimea y demás pueblos limítrofes que os abstengáis de comprar chocolate marca La Agustina, por estar boicoteado por nuestros compañeros de Mieres y demás pueblos de Asturias, motivado a que los fabricantes de dicho chocolate hicieron propaganda en favor del contubernio en las pasadas elecciones, sin tener en cuenta para nada al pueblo trabajador. Así que cuando mandéis a vuestras mujeres a las tiendas decirles que no compren el chocolate marca La Agustina».

La nueva situación también se dejaba sentir en la actitud de algunos militantes cenetistas que veían en ella la perspectiva de una alianza revolucionaria con sus viejos enemigos, y empujaban hacia la creación de un ambiente unitario que se comenzaba a perfilar en huelgas como la de espectáculos públicos de Gijón y en pequeñas acciones conjuntas CNT-UGT en el transporte.

Ambiente unitario que comenzaba a mostrarse en organizaciones como la Alianza Obrera contra el Paro Forzoso, formada en Oviedo con 180 delegados sindicales de la CNT, UGT, PC y BOC (Bloque Obrero y Campesino), que preparaba una marcha de los parados sobre Oviedo además de buscar multitud de opciones concretas.

Todo en medio de una confrontación callejera como la que se produciría el 17 de enero en Oviedo cuando tres vendedores de *Falange Española* armados con garrotes se enfrentaron a «transeúntes, indignados (que) intentaron arrancarles el periódico y respondieron a garrotazos lo que provocó que la masa se lanzara encima de ellos para comérselos vivos. El periódico fue quemado en la vía pública». El asunto fue a mayores al intervenir la policía y resultaron heridos tres obreros de la UGT.

Si estos choques y acciones eran habituales en toda España, Asturias tenía una singularidad, el altísimo nivel de respuesta social. Era una región donde en respuesta a la represión del levantamiento de los socialistas de Viena, se convocaba una huelga general a la que respondían 9.000 mineros (19 de febrero de 1934). Donde Ramón González Peña, secretario del Sindicato Minero declaraba: «Aplastar o ser aplastados, recibamos las enseñanzas que vienen del extranjero». Donde 400 personas asaltaban la cárcel de Laviana (21 de febrero) para poner en libertad a un grupo de jóvenes socialistas acusados de portar armas. Donde la huelga de hambre de 5 militantes anarcosindicalistas en la cárcel del Coto en Gijón (José María Martínez, Horacio Argüelles, Segundo Blanco, Pelayo Cifuentes y Avelino Martínez) provocaba una convocatoria a la huelga general de 14.000 trabajadores en Gijón obteniendo su libertad.

## FUENTES INFORMATIVAS

Para la reconstrucción del amanecer del día 1: *Avance* del 31 de diciembre de 1933 y del 2 de enero de 1934. Correspondencia de José María Martínez desde la cárcel del Coto, 22 de febrero de 1934, copia en manos del autor.

Sobre el proyecto de la CEDA: Antonio Elorza: «El nacionalismo conservador de José María Gil Robles», en *La utopía anarquista bajo la Segunda República española* (precedido de otros trabajos). José María Gil Robles: *Discursos parlamentarios*. José R. Montero Gibert: «La CEDA: el partido contrarrevolucionario hegemónico de la II República», en *Estudios sobre la Segunda República Española*. Javier Tusell: *Historia de la Democracia Cristiana en España*, tomo 1. *El Sol*, Madrid, 23 de abril de 1933. José María Gil Robles: «Discurso de apertura de campaña el 15 de octubre de 1933 en el Monumental Cinema de Madrid», en *El Debate*. R. A. H. Robinson: *Los orígenes de la España de Franco*.

Sobre el proceso de descomposición de la República: R. Tamames: *La República-La era de Franco* (en la historia de España de Alfaguara). Manuel Tuñón de Lara: *La II República*. Mariano González Rothvoss: *Anuario español de política social*, 1934. Ministerio de Trabajo: *Movimiento natural de la población de España*, año 1934. Consuelo Bergés: *Explicación de Octubre*.

Sobre la crisis del PSOE y su definición revolucionaria: Amaro del Rosal: *Historia de la UGT de España*, tomo 1. Luis Araquistain, «La revolución de octubre en España», en *Leviatán*, febrero de 1936. Joaquín Maurín: *Revolución y contrarrevolución en España*. Peirats: *La CNT en la revolución española*. Margarita Nelken: *¿Por qué hicimos la revolución?* Los datos de sindicación en España en Brenan: *El laberinto español*.

Para las elecciones y los dos primeros meses de 1934 en Asturias: José Girón: «Las elecciones generales de noviembre de 1933 en Asturias», *Avance* y *El Noroeste* de enero y febrero de 1934.

